



National Consortium of Interpreter Education Centers
Translated and published with permission from RID.

Los efectos de las cualidades de los oprimidos y los opresores en el contexto de la interpretación

Por Charlotte Baker-Shenk

Tanto los intérpretes de lenguas orales como de señas funcionan como mediadores entre los miembros de diferentes grupos lingüísticos y culturales; sin embargo, los intérpretes de lengua de señas, además, funcionan como mediadores entre los miembros de una mayoría poderosa (los oyentes) y de una minoría oprimida (los sordos). Asimismo, la mayoría de los intérpretes de lengua de señas, en virtud de su condición de oyentes, son miembros de la mayoría poderosa. Estos simples hechos son de importancia crítica para entender el contexto en que se desempeñan los intérpretes, y deben ser examinados abiertamente si hemos de superar las indignaciones y confusión mutuas que empapan el campo de la interpretación en lengua de señas.

Introducción

El presente artículo describirá algunas de las realidades penosas que conforman el contexto en que se desempeñan los intérpretes, así como las actitudes y los comportamientos de las personas sordas hacia los intérpretes y viceversa. Muchas veces es difícil para nosotros hablar de estas cosas sin volvernos emocionales, y hasta sentirnos indignados o heridos. Casi nunca nos sentimos neutros en cuanto a estos temas. Ni yo tampoco. Por cierto, a menudo me siento internamente molesta conmigo misma cuando estoy dando una presentación sobre mis conocimientos de estas realidades. Desafortunadamente, a veces me vuelvo santurrón y opresiva hacia algunos grupos de personas. No es lo que quiero hacer, pero es una tentación honesta para mí —como la arrogancia de un recién convertido o alguien que acaba de dejar el cigarrillo. Así que empiezo este artículo con esa confesión, deseando comunicarme sin ofender pero con honestidad, y esperando hablar tanto a sus corazones como a sus mentes.

El «lenguaje» que usaré para tratar estos temas quizá les parezca extraña a algunos de ustedes. Es el lenguaje del poder a que se refiere Harlan Lane en su artículo. Este lenguaje divide a las personas en dos categorías: los oprimidos y los opresores. Para las personas blancas, de clase media, oyentes y heterosexuales de los Estados Unidos, esta dicotomía les parece demasiado aguda, muy «blanco y negro» porque no ven las cosas de esta manera. Sin embargo, este tipo de lenguaje es muy conocido por las personas en muchos otros países en Latinoamérica,

en Suráfrica y en las Filipinas; se conoce también por algunos grupos de este país, como las personas negras y las personas sordas. Hasta algunas mujeres han usado estos términos para describir sus experiencias también.

Inicio con el supuesto que todos han tenido la experiencia de ser oprimidos, es decir, rebajados y heridos, hechos sentir inferiores o denegados alguna oportunidad injustamente. También supongo que todos nosotros hemos oprimido a otras personas; las hemos hecho sentir inferiores, quizá nos hemos aprovechado de la situación negativa de otra persona o hemos tratado de lucirnos mejor a expensas de otros. En ambos casos, quizá no usamos el lenguaje de la opresión para describir nuestra experiencia, pero la conocemos de todas formas.

Algunos grupos o clases de personas son oprimidos. En muchos países, como El Salvador y Guatemala, los campesinos pobres son oprimidos por las personas ricas y poderosas de estos países. En los Estados Unidos, los negros y los indios americanos han sido, y están siendo, oprimidos por grupos de personas blancas. Algunos de ustedes quizá querrán argumentar que los intérpretes de lengua de señas son un grupo oprimido. A pesar de todo esto, quiero concentrarme en este artículo en la opresión de las personas sordas, como grupo minoritario, por la mayoría poderosa oyente.

Tengo cuatro puntos básicos que plantear:

- (1) que las personas sordas conforman un grupo muy oprimido y muestran muchas de las mismas características vistas en otros grupos oprimidos en el mundo;
- (2) que los intérpretes, en virtud de su «herencia oyente» y el contexto en que trabajan, corren un alto riesgo de actuar de manera opresiva;
- (3) que muchos de los conflictos que encuentran los intérpretes pueden ser entendidos mejor al analizarlos en términos de poder y control y al recordar la condición oprimida de las personas sordas;
- (4) que el entender estos conflictos puede animar a las personas sordas y oyentes a tener más confianza y ser más confiables y, por tanto, ayudar a resolver las tensiones.

La opresión de los grupos minoritarios

¿Qué significa, en términos concretos, decir que alguien es miembro de un grupo minoritario oprimido?

Significa que usted sufre porque el grupo dominante injuria su autoestima, sus capacidades, su inteligencia y su derecho de ser diferente y afirmar su diferencia. Significa no tener poder para persuadir las instituciones que impactan su vida, ni oportunidades para la autodeterminación. A menudo significa un rechazo de su lengua, del valor de la misma y de las oportunidades para usarla, y una denigración de su cultura. (Considere las experiencias de las personas negras, hispanas y nativo americanas en los Estados Unidos). Con frecuencia significa ser el receptor de una mala calidad de educación, y luego enfrentarse a una falta de trabajos y oportunidades para el avance laboral. Muchas veces resulta en discriminación a la hora de buscar alojamiento, un préstamo bancario o atención médica.

¿Qué significa, en términos concretos, decir que una persona sorda es miembro de un grupo minoritario oprimido?

Significa que sus maestros y consejeros le digan que no tiene una lengua, que la lengua de señas estadounidense (ASL, por sus siglas en inglés) no es un idioma y que las personas sordas no poseen una «cultura». Significa una denigración de la ASL como un lenguaje menos inteligente y menos humano, una intolerancia hacia ella y la prohibición contra su uso en los colegios. En general, significa tener maestros que no pueden comunicarse con usted y, por tanto,

no pueden ayudarle aprender — mientras tanto, le culpan por sus calificaciones académicas bajas. Significa ser profundamente consciente de que las personas oyentes ven a su grupo como menos inteligente, incapaz de la autodeterminación y sin emociones o comportamientos normales. Significa que le digan que no puede tomar decisiones maduras e inteligentes por su propia cuenta, que necesita a personas oyentes que le ayuden. Significa tener una calidad de educación pobre y un ingreso económico menos que el promedio.

¿Qué subyace esta opresión de los grupos minoritarios? ¿Cómo llega a suceder?

Goffman (1963), un reconocido sociólogo, explica que los grupos minoritarios oprimidos tienden a tener un *estigma*; son estigmatizados. El estigma es un «rasgo profundamente desacreditador» que se considera un defecto en las personas que lo padecen. Es decir, como regla general, las personas desarrollan expectativas sobre la manera en que deben actuar las otras personas y cómo han de parecer. Los miembros del grupo dominante de poder en la sociedad también desarrollan expectativas sobre la manera en que otras personas deben lucir, comportarse y pensar —y se usan a ellos mismos como el patrón a seguir (Higgins, 1980, p. 123). Luego, al momento que algunas personas se rebelen contra el supuesto «patrón», «en nuestras mentes son reducidas, de personas completas y normales a unas imperfectas y desvalorizadas» (traducción del inglés, Goffman, 1963, p. 3). Esto es lo que pasa típicamente con personas negras, sordas y homosexuales, entre otras.

Desafortunadamente, los miembros de los grupos dominantes que crean y controlan al mundo social en general tratan a este «defecto» o «falta» como una característica predominante y abarcadora de las personas que lo tiene (Higgins, 1980). Es decir, rechazan todas las diferencias individuales de estas personas, y todas las que tienen este «defecto» se consideran iguales. Por tanto, un señor negro que limpia botas y otro que tiene doctorado en ingeniería se consideran iguales... porque ambos son negros. De hecho, los miembros del grupo minoritario tienen percepciones muy diferentes sobre sí mismos y están muy conscientes de sus diferencias individuales. De igual manera, las personas sordas saben que son un grupo diverso, aun cuando las personas oyentes los agrupan todos juntos en las aulas o en su manera de etiquetarlas.

El otro fenómeno opresivo que sucede es que los límites del «defecto» se extienden (Goode, 1978; Higgins, 1980). Es decir, a causa del «defecto» o diferencia original, otras características negativas empiezan a atribuirse al grupo minoritario. Por ejemplo, porque las personas negras son negras, se estereotipan como perezosas, intelectualmente inferiores, irresponsables, etc. De igual manera, muchas personas oyentes suponen que, dado que las personas sordas son sordas y, por tanto, «usan nuestro idioma de forma incorrecta», son intelectualmente inferiores. Como explicación de esta perspectiva oyente, Lane (1980a) escribe: «A fin de cuentas, hay solamente dos grupos de personas que no saben hablar su idioma bien: los extranjeros y los retrasados» (traducción del inglés). La lógica dicta que, ya que las personas sordas, obviamente, no son extranjeras, deben ser retrasadas.

Esta «extensión» del defecto también se puede percibir en los cuentos semicómicos de las personas sordas de cuando otros las llevan por la mano a la puerta en un aeropuerto (como si no pudiesen encontrarla por sí mismos), o, peor aun, cuando las llevan en un carrito (como si no pudiesen caminar). De igual manera, las personas sordas han sido descritas en las escrituras médicas y educativas como egocéntricas, fácilmente irritables e impulsivas (Levine, 1956), dependientes y con una falta de empatía (Altshuler, 1974), inmaduras, rígidas en vez de flexibles, explotadores de otros y abusadores de las relaciones (Hurwitz, 1967). Un discursante destacado en el International Ecumenical Seminar on Pastoral Care of the Deaf (Seminario Ecuménico Internacional sobre la Guía Espiritual de los Sordos), el padre A. van Uden, añade otro ejemplo a

la lista: «Parece evidente que es más difícil para los niños sordos que para los oyentes lograr el amor auténtico y humilde» (traducción del inglés).

Las características de las personas oprimidas

¿Cuál es el impacto de imponer estos estigmas y estereotipos negativos en los miembros de la minoría oprimida?

Goffman (1963); Freire (1970), sociólogo y educador brasileño que ha trabajado estrechamente con los pobres en varios países, y Ben Schowe (1979), pensador y autor sordo, han descrito cómo sienten las personas oprimidas sobre la cualidad o el rasgo diferente que los estigmatiza. Goffman describe este sentimiento como *ambivalencia* y nota que las personas tienden a acoger el rasgo que los diferencia, considerándolo como una parte integral de su identidad, y a la vez usarlo para denigrarse a sí mismos y a otros miembros del grupo. El segundo factor demuestra la aceptación de la perspectiva mayoritaria, mientras que el primero se manifiesta en lemas como «negro es bello», «orgullo gay», «¿acaso no soy mujer?» además que la aseveración en señas de «soy sordo», en que la seña de sordo en ASL es más exagerada y enfática, con la mejilla inflada. Schowe observa que la identificación positiva con el rasgo desprestigiado conduce hacia la «solidaridad», mientras que la identificación negativa conduce hacia el «autodesprecio».

Freire también habla de la ambivalencia como una *dualidad existencial*. Por un lado, las personas oprimidas desean ser liberadas y gozar de la autodeterminación, de hablar y actuar por su propia cuenta, de tener opciones, de romper su silencio. Por ejemplo, por las últimas cuantas décadas, las mujeres han reclamado su derecho de trabajar fuera de casa y postularse por puestos públicos. Los homosexuales han estado abandonado su silencio —el susodicho «clóset»— y exigiendo la aceptación de su diferencia y la libertad de antiguas sanciones contra ellos.

El deseo de las personas oprimidas de la libertad también se manifiesta en sus expresiones de resentimiento, y hasta odio, hacia el opresor, y en sus fantasías de venganza. Estas expresiones muestran su deseo de salir debajo del martillo que los oprime y les niega su libertad.

Por otra parte, las personas oprimidas a menudo quieren ser como su opresor: han interiorizado los valores y la manera de pensar sobre la superioridad del grupo dominante. Los oprimidos sienten una atracción irresistible hacia los opresores y su estilo de vida; quieren imitarlos y seguirlos. Los negros buscan tener carros grandes, casas grandes y televisores grandes. Las mujeres se visten de traje y corbata y buscan ser ejecutivas poderosas. Los sordos cuentan chistes entre ellos basados en el juego de los sonidos de palabras.

Esta ambivalencia se siente más por algunos miembros que otros; algunos hasta pueden cambiar la intensidad con que experimentan determinado polo. Por ejemplo, uno de los resultados del movimiento de liberación negra de los años 60 y 70 era que algunas personas de raza negra, que antes enderezaban su cabello, y sonreían y trataban de hablar como los blancos e integrarse, luego empezaron a proclamar que lo «negro es bello», a usar afros y vestirse de dashiki y a gozar públicamente de su propio dialecto (tal como se manifiesta en la música rap, *jive*, etc.) —lo cual, consiguientemente, fue imitado por ciertos miembros de la mayoría blanca. De igual manera, algunas personas sordas que antes fingían que entendían lo que decía una persona oyente y que miraban de reojo a los oyentes para saber cuándo era el momento adecuado para reír, ahora exigen su derecho de entender y ser sordos. Algunos ahora dicen, «No me molestes con tus chistes basados en sonidos... ni tampoco con tu música».

Freire observa que las personas oprimidas tienden a repetir las palabras del opresor: se desestiman ellos mismos, diciendo que son ignorantes, perezosos, enfermos, improductivos e inferiores. Carecen de autoestima y, además, no confían de sus compañeros quienes, por supuesto, han de compartir la misma inferioridad. Sussman (1976), psicólogo sordo, nota que el concepto que tiene uno de sí mismo se define en gran parte por cómo las otras personas lo perciben, y afirma lo que ha sido el resultado de numerosos estudios: las personas sordas tienen autoconceptos negativos, marcados sentimientos de inferioridad y autoestima baja en general.

Freire también encuentra que otra característica de las personas oprimidas resulta ser la «violencia horizontal»: éstas tienden a desahogar sus frustraciones y desesperaciones en sus compañeros de una forma agresiva y, a menudo, violenta. Alborotadores negros han quemado a muchas ocasiones los hogares y lugares de negocio de otros negros, en vez de la propiedad de los blancos, quienes son la fuente de su rabia. Las personas oprimidas a menudo se sienten incapaces de defenderse contra su opresor y, en su lugar, atacan a su propia gente —de forma más segura.

Otra cualidad de las personas oprimidas se llama la «conciencia de esclavitud» o la «actitud fatalista» (Freire, 1970, 1973). La persona oprimida se vuelve dócil y pasiva hacia la situación opresiva, sintiendo: «No puede hacer nada al respecto». La persona simplemente se adapta.

Otra característica de las personas oprimidas es su creencia difusa y mágica en el poder y la invulnerabilidad del opresor (Freire, 1970): los opresores poderosos nunca cometen errores en inglés, tienen todo lo que pudieran desear, pueden conseguir trabajos y dinero con facilidad. En fin, tienen una vida fácil.

Las personas oprimidas creen profundamente en que tienen que ser ellos mismos opresores para su propia supervivencia (Freire, 1970). Dependen emocionalmente de ellos; necesitan a los opresores que hagan cosas para ellos que no pueden hacer por sí mismos. Por tanto, sienten un «temor a la libertad» profundo cuando se encuentran con la posibilidad de «liberación». Resisten también su propio avance hacia la liberación porque temen que conducirá a aun más represión por el opresor. En este sentido, el año pasado un administrador sordo de la universidad de Gallaudet me dijo que era mejor aceptar en silencio la política oficial de 1984 de la universidad que prohibía el uso de la ASL, porque pudiera haber más problemas si se dijera algo.

En resumen, se dice que los grupos oprimidos poseen las características que se alistan a continuación:

- ambivalencia entre aceptar el rasgo que los hace diferentes como algo positivo e integral de su identidad (con el resultado de solidaridad), y menospreciarse a sí mismos y a otros miembros del grupo a causa del rasgo (con el resultado de odio hacia sí mismo).

Otra manera de describir la ambivalencia es como dualidad existencial en que la persona oprimida quiere liberarse del opresor y, a la vez, ser más como él—;

- desprecio de sí mismo, repetición de las críticas negativas del opresor, falta de autoestima;
- desconfianza elemental de sí mismo y de los compañeros, debido al sentimiento de inferioridad;
- violencia horizontal;
- impasibilidad, adaptación, fatalismo;
- dependencia emocional del opresor;

- temor a la libertad (perder la dependencia) o al contragolpe (peor represión).

Lo que he leído (p. ej., Higgons, 1980; Schowe, 1979; Sussman, 1976; Berrigan, 1983; Padden, 1980; Glickman, 1984) y lo que he observado los últimos diez años insinúa para mí que las descripciones antemencionadas de las personas oprimidas son paralelas, de muchas formas, a las experiencias y actitudes de muchas personas sordas. De hecho, en los últimos dos años, he visto a algunos sordos y grupos ejemplificar las descripciones. No quiere decir que el análisis anterior caracteriza a las personas sordas en total y correctamente; sin embargo, los aparentes paralelos sí merecen nuestra diligente atención, en particular sobre las maneras en que nos pueden ayudar a entender cómo las personas sordas se expresan y cómo interactúan con las personas oyentes.

Cualidades de los opresores

¿Qué comportamientos y actitudes caracterizan a los miembros del grupo opresor?

El grupo opresor es el grupo dominante poderoso. Como se mencionó antes, los miembros de este grupo creen que su manera es la «mejor manera», la manera «apropiada», la manera «refinada» o «inteligente». La estigmatización de los grupos minoritarios significa que las maneras en que son diferentes se consideran inapropiadas e inferiores por el grupo dominante.

Así que la primera característica del grupo opresor es su perspectiva peyorativa hacia los oprimidos. Ven a estas personas (las que, por supuesto, no llaman «oprimidas») como inferiores, sin capacidades, inconfiables, etc.

Ya que el grupo dominante cree que es superior a los oprimidos, automáticamente suponen que éstos quieren cambiar y ser como el grupo. Los oyentes a menudo suponen que las personas sordas no quieren ser sordos y harían lo posible para cambiarse y ser oyentes. Por tanto, estas personas oyentes se sorprenden al ver que muchos sordos adultos no usan sus audífonos. De igual manera, las personas oyentes a menudo rehúsan aceptar la posibilidad de que las personas sordas optarían por continuar siendo sordos, aun si alguna intervención «milagrosa» las pudiera cambiar.

Además, si las personas sordas rechazan los esfuerzos para hacerles más como los oyentes, se consideran como niños mal informados que no pueden tomar decisiones apropiadas por su propia cuenta. Esta postura se articuló claramente por un médico oyente, Ménière, en el colegio para niños sordos de París (citado en Lane, 1984, p. 134):

Los sordos se creen nuestros iguales completamente. Debemos ser bondadosos y no romper esa ilusión, pero pese a lo que piensen, la sordera es una enfermedad y debemos repararla, estén estorbados por ella o no.

El egoísmo del grupo dominante opresor le hace insistir en su propia importancia, exhibir una actitud de «tomar el timón» («Sé lo que es mejor para ti», «Sé lo que se necesita aquí») y desear el constante control (para asegurar que las cosas salen «bien» —¡y para que mantengan el poder!).

Otra característica del grupo dominante opresor es el paternalismo hacia los oprimidos: «Esos pobrecitos me necesitan; yo los cuidaré», «Estoy haciendo todas estas cosas para ayudar». En realidad, sin embargo, los opresores quieren mantener la dependencia que tienen los oprimidos porque reafirma su superioridad y les hace sentir bien consigo mismos (Higgins, 1980). Asimismo, como aporta Lane (en este volumen), la dependencia que tienen los oprimidos mantiene los empleos de los opresores.

Junto con el paternalismo está lo que se llama una «conciencia de posesión» profunda (Freire, 1970): «Estas cosas son mías; están bajo mi control». Esta conciencia subyacente se escucha en frases como «*Mis sordos*» o «*Mis estudiantes sordos*».

Una característica interesante de los opresores es el deseo de aprobación y hasta gratitud por parte de los oprimidos por su propio comportamiento. Necesitamos que nos digan que vamos bien, que estamos haciendo un buen trabajo, que somos personas buenas. La gente pobre debe ser agradecida por los trocitos que les damos (aunque las reglas de nuestro sistema los mantienen en la pobreza y nosotros en la cima).

Por último, otra característica importante del grupo dominante opresor es su temerosa y rabiosa reacción hacia los esfuerzos de los oprimidos a liberarse, lo cual perciben como una sustracción de su propia (la del opresor) libertad. Cuando las personas sordas insisten en que los docentes de niños sordos sepan usar la ASL, los profesores oyentes se sienten amenazados y enfurecidos. Temen la pérdida de control, el cual han mantenido con el uso de su propio idioma en vez del idioma de las personas sordas. Para los oprimidos, la liberación significa un nuevo reparto del poder —quitar el poder de los opresores y compartirlo de manera más justa con los oprimidos. La pérdida de poder resultante se siente opresivo al opresor (Freire, 1970).

Relevancia para la interpretación

¿Cómo nos ayudan estas características de oprimidos y opresores entender las numerosas tensiones y conflictos que ven los intérpretes en su trabajo?

La primera observación obvia se trata del reconocimiento de que la mayoría de los intérpretes son oyentes y, por tanto, automáticamente son miembros del grupo dominante poderoso ante los ojos de las personas sordas. De esta forma, todo lo que piensan y sienten los sordos hacia los opresores influye en la manera de que tratan a los oyentes con que están usando al intérprete para comunicarse. De igual manera, los intérpretes, cuando interactúan con personas sordas, corren el riesgo de ser muy influenciados perspectiva de los opresores en cuanto a los oprimidos.

Veamos algunas situaciones concretas para ver cómo pueden suceder estas cosas. (Por favor entiende que estamos considerando tendencias generales; siempre hay excepciones para todo).

¿Cuántos de ustedes intérpretes reciben con frecuencia evaluaciones sobre sus destrezas de interpretación, directamente de personas sordas? (Respuesta de los miembros del RID: «Muy, muy pocos»). ¿Por qué, según ustedes, las personas sordas están dispuestas a tolerar sin quejas una presentación interpretada que claramente no entienden? ¿Por qué no piden aclaraciones cuando no entienden algo?

Al presentar estas mismas preguntas a personas sordas, nos revela que están acostumbradas a no entender y que se culpan a sí mismas. Siempre existe la suposición de que el discursante oyente es inteligente y se está expresando con claridad, pero que es la culpa de la persona sorda por no entender, supuestamente porque es intelectualmente inferior. A menudo el intérprete es por lo menos parcialmente culpable por la confusión, pero aún las personas sordas casi siempre culpan se a sí mismas. ¿Por qué lo toleran sin quejarse? Aquí es donde se ve la impasibilidad y el fatalismo: «No se puede hacer nada al respecto; no podemos cambiar ni mejorar nuestra situación. Además, no queremos parecer más estúpidos al llamar la atención a nuestros problemas».

Muchas personas sordas «alternan de código» en un discurso, y hasta en una misma oración. Es decir, cambian de señar de una forma más parecida a la ASL a otra más parecida al

inglés. ¿Por qué sucede esto? Algunas personas sordas dicen que temen parecer tontas si usan ASL, o no confían de la habilidad del intérprete entenderlas. Hoy en día, muchas se sienten ambivalentes hacia la ASL: «¿Realmente es un idioma? ¿Es en verdad a la par con el inglés, o es inferior? ¿Es capaz de expresar todo lo que tengo para decir en este contexto? Claro, me siento más cómodo al usar la ASL, ¿pero qué pensarían de mí? Sí, me siento a gusto con la ASL, pero debo estar usando inglés». La ambivalencia adquirida de las personas sordas hacia su lengua es una fuente frecuente de confusión en las situaciones interpretadas.

O, ¿cuántos de ustedes intérpretes sienten que las personas sordas esperan mucho de usted? Debe ser capaz de manejar cualquier cosa, no importa la hora del día, qué tan larga sea la sesión o cuán diversa sea las preferencias lingüísticas del grupo de sordos. También debe poder entender todo el mundo, sordos y oyentes, manejar el inglés a la perfección y asegurar que todo salga bien. ¿Cuántos de ustedes se pueden relacionar con esta descripción algo exagerada? (Respuesta: risa incómoda, muchas manos alzadas).

La presión que sienten es parte de lo que insinué antes acerca de la creencia de los oprimidos de los poderes abarcadores y mágicos del grupo opresor. No se considera usted vulnerable; es el poderoso. Puede hacer que las cosas vayan a su manera.

Estos son sólo algunos ejemplos de los problemas comunes que se pueden entender mejor al considerar las maneras características en que piensan y actúan las personas oprimidas. Espero que hagan el mismo tipo de análisis con muchos otros problemas que encuentran los intérpretes y vean cuán beneficioso les puede ser.

Ahora me gustaría volver las tornas un poco para considerar algunos de los comportamientos comunes que puedan estar comunicando los intérpretes a las personas sordas. ¿Qué significa esta conducta en el contexto de la experiencia de las personas sordas con la opresión?

Es justo decir que la mayoría de las personas oyentes que trabajan como «intérpretes» están lejos de ser hábiles en ASL y que la mayoría de ellos transliteran en vez de interpretar. ¿Esto qué quiere decir para las personas sordas, cuando los «intérpretes» no conocen ni usan la ASL, aun cuando es el modo de comunicación preferido por el sordo? ¿Significa que no vale la pena aprender la ASL? ¿O que no es un idioma verdadero? ¿Quiere decir que siempre es la responsabilidad de la persona sorda adaptar su comunicación a la de la persona oyente y que, en este caso, las preferencias del intérprete?

¿Qué quiere decir para las personas sordas cuando los «intérpretes» dicen, «Oh, yo sé usar ASL», pero luego simplemente omiten las señas para palabras en inglés como *is*, *are* ('ser, estar') y el sufijo para el tiempo pasado *-ed*? ¿Se sentirán desanimadas por personas oyentes que tratan su idioma con tanta indiferencia y ostentan saber cosas que ellos no? O peor, ¿será que se confunden aún más por estos comentarios falsos de las personas oyentes, quienes supuestamente son modelos de la inteligencia y el poder?

¿Qué quiere decir para las personas sordas cuando los intérpretes inventan señas? (¿Se atrevería un intérprete que es hablante nativo del alemán inventar una palabra en inglés cuando no sabe la equivalencia?) ¿Les quiere decir que «ustedes sordos no son dueños de su propia lengua; nosotros, los oyentes poderosos, la podemos cambiar de la forma que queramos»? O, ¿les comunica que su lengua es pobre y que las personas sordas son incapaces de desarrollar un vocabulario que cumpla con sus necesidades?

¿Qué quiere decir para las personas sordas cuando los intérpretes les enseñan señas a los sordos? O peor, ¿qué quiere decir para las personas sordas cuando los intérpretes corrigen las señas de los sordos? ¿Significa que las personas oyentes pueden tomar control de hasta la parte

más elemental de la identidad de las personas sordas: su lengua? ¿Y que las personas oyentes tienen el derecho de criticar la manera en que los sordos usan su propio idioma?

¿Qué quiere decir para las personas sordas cuando los intérpretes usan todas aquellas señas artificiales con iniciales del inglés? ¿Significa que su lengua es insuficiente, que tiene que ser mejorada, es decir, se tiene que parecer más al inglés? (Imagínese que una extranjera llega y empieza a cambiar algunos de los vocales y consonantes de sus palabras para que se parezcan más al alemán, y luego tuviera palabras como *tsong* en vez de *song* ('canción'). ¿Cómo se sentiría? Pero también imagínese que creció creyendo que los alemanes son superiores y debe tratar de ser más como ellos. ¿Ahora no que está confundido cuando el extranjero viene e intenta cambiar su idioma?

¿Qué quiere decir para las personas sordas cuando un intérprete en un restaurante les reprende: «¡Baje la voz!». ¿Son responsables los intérpretes por el comportamiento social de las personas sordas? ¿Tienen la autoridad, como padres con los niños, de hacer que las personas sordas se comporten según las normas de la sociedad oyente?

Mientras reflexiono sobre todas estas preguntas, veo que surge el tema del «control del intérprete» una y otra vez. Estos ejemplos también sugieren la presencia del paternalismo y una perspectiva peyorativa hacia las personas sordas que se manifiesta a través de una falta de respeto por su lengua y sus derechos lingüísticos. De nuevo, estos son sólo algunos de los conflictos que se pueden analizar de esta manera, es decir, según la lucha de poder entre oprimidos y opresores en la comunidad sorda.

En conclusión, este artículo ha presentado algunas realidades difíciles de una manera franca, y quizá haya molestado a algunos de ustedes. Espero, sea cual sea su reacción hoy, que rumiará sobre estas cosas en sus corazones. Espero que continúe conversando sobre estos temas con personas sordas y con otros intérpretes. También espero que encuentre útil, tanto personalmente como profesionalmente, así como fue para mí, esta manera de analizar la interacción entre las personas sordas y oyentes, en términos de la dinámica de la opresión y el poder. Continúo luchando todos los días con mis propios impulsos y mi propio entender de estas cosas.

EPÍLOGO

Algunas reflexiones sobre los modelos de interpretación

Quizá también tenemos que examinar de nuevo el modelo básico de interpretación, al que muchos profesionales ahora se adhieren y que considera al intérprete como una máquina: una que simplemente transmite los mensajes de una parte a la otra y viceversa. Aunque el intérprete puede hacer «ajustes culturales» para transvasar correctamente los mensajes de cada parte, ambas partes, sin embargo, se tienen que defender a solas. Cada una tiene que tomar responsabilidad por la interacción. El modelo supone dos «iguales» que emplean la «máquina» del intérprete porque no comparten un mismo idioma.

No obstante, si el desarrollo del tema anterior sobre las poblaciones oprimidas encaja siquiera una pequeña parte de las experiencias y actitudes de las personas sordas, entonces podemos ver que la persona sorda y la oyente no se encuentran como iguales. De hecho, resulta impráctico e ingenuo que el intérprete oyente se aferre a tal suposición y actúe a base de ella.

Adicionalmente, ¿en realidad se cree apropiado (y humano) que los intérpretes tomen una decisión unilateral sobre cómo manejarán cada evento, basado en el modelo de máquina? ¿No es eso «más de lo mismo»: los oyentes tomando las decisiones sobre cómo deben actuar las personas sordas (pero en este caso, diciéndoles que «tomen el timón»)?

Permítame aclarar pronto que este análisis no significa que los intérpretes debemos volver a los «viejos tiempos» de paternalismo y superioridad implícita («me necesitan»). Necesitamos más alternativas creativas que los extremos el péndulo ofrecen: paternalismo o máquina. Necesitamos un modelo más humano que es sensible a las realidades sociopolíticas de la comunidad sorda, que ni explota estas realidades (modelo paternalista) ni las pasa por alto (modelo máquina).

Para mí, de hecho, el primer paso que se necesita es una examinación penosa de las maneras en que el comportamiento de los intérpretes oyentes refuerza los viejos mitos y mantiene la opresión que resulta en las actitudes/comportamientos de las personas sordas.

Algunas puedan argumentar que, hasta que el paternalismo opresivo se arranque del campo de la interpretación, hemos de quedarnos con el modelo de intérprete máquina porque ese modelo limita el daño que pueda causar el intérprete. Quizá sea cierto. No se puede avanzar mucho en desarrollar un modelo humano hasta que los intérpretes se vuelvan confiables.

Por mientras, quizá debemos establecer a escala local «equipos de diálogo», compuestos de usuarios sordos y oyentes de varias perspectivas, e intérpretes de diferentes orígenes y raíces que puedan conversar y reflexionar sobre estos temas con regularidad, compartir ideas, levantar preguntas y juntos encontrar soluciones a problemas. Quizá estos diálogos facilitarían el desarrollo de un modelo más humano para la interpretación, el cual pudiera modificarse continuamente al ritmo que vaya cambiando la comunidad.

RECONOCIMIENTOS

Este artículo ha beneficiado de conversaciones antes de la convención del RID con varios compañeros: Betty Colonomos, M.J. Bienvenu, Dennis Cokely y, especialmente, Bill Isham. Todas las interpretaciones, por supuesto, son mías.